

“MI QUERIDO INFIERNO” de Roberto Sarah

Roberto Sarah se ha destacado, en un tiempo relativamente corto, como uno de los escritores importantes del país, a pesar de su juventud. Hombre concentrado, ha escogido el trabajo en su arte, y su actividad ha madurado satisfactoriamente para la joven literatura nacional. Sus obras han tenido inusitado éxito de público, y la crítica no ha escatimado un elogio que a veces es duro de conseguir, no por su logro sino por la forma en que se le consigue. No de otra manera se explican acogidas a *Mi querido infierno*, a *A nadie daré una droga mortal*, a *Un viajero parte al alba* o a *Algún día*, comedia dramática que alcanzara más de cincuenta representaciones consecutivas en el Teatro Municipal de Santiago, —obras todas ellas — destacadas en menos de cinco años.

Y es que Roberto Sarah tiene natural instinto para entretener a quien presencia sus comedias o lee sus novelas o cuentos. Está como predispuesto para interesar, no tal vez por proponérselo, sino justamente lo contrario, llega al lector, prevenido muchas veces por el prejuicio de que el escritor nacional no interesa o ha dejado de interesar, y lo coge en una red de conflictos y problemas que, sin el tacto finísimo de Sarah podrían sucumbir en el simplismo absoluto. Nuestro autor no apresura argumentaciones. Y hasta parece que sus relatos entraran en la raíz del lector mismo y desde allí iniciaran su marcha hasta independizarse completamente y construir trama y destino, es decir, aquello tras lo cual, en mayor o menor grado, caminan escritores de esta índole.

En *Mi querido infierno* estas cualidades resaltan notablemente. Y no es que el autor exhiba débil argumentación, sino que sus argumentos implican lo humano y se llegan a identificar con el hombre habitual, aquel que busca su problema, o el otro, en las páginas de un libro o en los pasos de una comedia. Y Roberto Sarah ofrece estos matices no, ciertamente, desde una visual filosófica profunda,

pero sí desde un punto de vista entretenido, sencillísimo. Allí radica, por el momento creemos, su intención, su modo o forma de actuar literariamente.

Es posible que como médico, el autor haya tenido entre sus manos un rico material que escoger, una veta, para otros insospechada, que ahondar, y de cuya provecho él descansa en cuanto a inventiva, a creación más pura. *Mi querido infierno*, el cuento que le da título al libro, podría atestiguarlo. Sin embargo, Sarah ofrece otros aspectos que matizan su creación y ofrecen ellos tal importancia que, en conjunto, sobresalen ante sus experiencias de profesional neto. Así, su extraordinaria *Agencia de Viajes*, breve maravilla de realidad y fantasía, donde Roberto Sarah se nos ofrece como cuentista de tónica insuperable.

Libro para leerse en cualquier instante, este *Mi querido infierno* hace que el autor esté, para nosotros, en eterna actitud de sorprendernos con muestras de su innegable talento literario.—VÍCTOR CASTRO.

■

“MEMORIAS DE UN BUEY”, por *Pierre Faval*

Pierre Faval no llega, precisamente, al campo chileno, por primera vez, para tomarle el pulso, aspirar su aire y deleitarse con su panorama. Pierre Faval *viene* del campo, después de haberlo vivido, conocido y de haber encontrado una manera original de interpretarlo.

Una deliciosa imagen de Faval traduce el temor y la vacilación con que el principiante se lanza a las aguas de la literatura. Se imagina una oveja que trata de atravesar un estero: vacila junto a la orilla introduce la nariz en el agua, se humedece la punta de una pata. Al fin, entra. No sabe si lo ha hecho bien o mal, pero ha pasado.